

EL ALMA DE LOS RECUERDOS

Cada melodía es una invitación al recuerdo. Solitaria, recorro las calles que antaño frecuentamos y guardo en mí la huella de aquella experiencia maravillosa. En cada esquina salen a mi encuentro los recuerdos de días en los que aún se oía su voz y sus melodías llenaban el ambiente como la luz del tibio sol, y todavía puedo escuchar su música, la música que protagoniza esta historia.



Mi bisabuelo Leandro tocaba el violín. Aún a sus años seguía practicando todos los días, aunque ya no tenía la fluidez de antaño. A la familia le encantaba escucharlo. Cada nota era como un abrazo reconfortante que te envolvía y tranquilizaba con su alegre cantar. Además, era un gran contador de historias. Solía quedarme ensimismada escuchando sus relatos sobre los tiempos en que era joven y hacía el servicio militar en Ceuta. Siempre recordaba el calor que hacía allí, y yo me reía con sus anécdotas y ocurrencias.

Un día de otoño, acudimos muy preocupados a su casa. No contestaba al teléfono. Cuando llegamos lo encontramos tocando el violín... ¡¡¡en el baño!!! Aquello no tenía sentido y yo, aun con la percepción de la infancia, me di

cuenta de que algo no iba bien. Según iban pasando los días, su comportamiento era cada vez más extraño y, poco a poco, nos fuimos distanciando. Ya no me contaba las historias de antes, se quedaba mirando al infinito y no respondía cuando le hablaba. Un día dijo que tenía frío; mi madre le llevó una manta y exclamó: “¡como en Ceuta!”. Pero él siempre hablaba del calor que había pasado allí. En ese momento fue cuando me empecé a asustar. Sabía que le pasaba algo pero no sabía qué, si era grave o si iba a durar para siempre. Incluso, hubo un momento en que pensé que era culpa mía. Cada vez que le veía, miraba hacia otro lado y no decía nada, solo me iba a otra habitación y lo dejaba pasar.

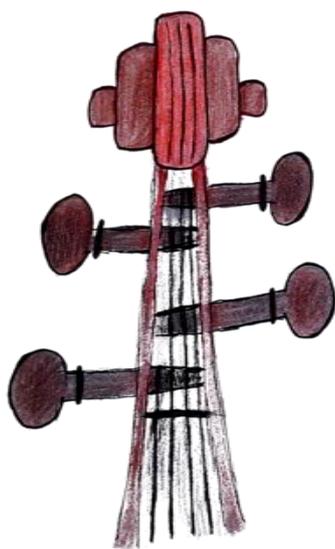


Un día, cuando entramos en su casa para recoger unas cosas, lo escuchamos tocando el violín. Mis padres se quedaron paralizados. “¿Cómo es posible que, en su estado, pueda tocar?” En ese momento lo vi como era antes, antes de que empezara a actuar de forma extraña, mientras se mecía al ritmo de la música, interpretando el segundo movimiento del concierto de Bach en la

menor, su obra favorita. Se me saltaron las lágrimas. ¿Qué estaba pasando? Me sentí sobrepasada y cerré los ojos: la música, él y yo. Nada más.

Desde ese día, el violín se convirtió en una forma de conexión entre nosotros. Cuando empezaba a tocar, cerraba los ojos, me sumergía en su música y me sentía otra vez junto a él.

Pero empeoró rápidamente y su relación con nosotros también. Ya no recordaba nuestros nombres, ni quiénes éramos, ni dónde vivíamos. Un día me dijo: “Lucila, ¿qué tal?”. Yo no me llamo Lucila. Se lo conté a mis padres y me dijeron que era mayor y, por eso, se olvidaba de las cosas. Pero yo sabía que no se olvidaría de mi nombre solo por ser mayor. Mis padres se miraron y me explicaron qué era lo que le sucedía al bisabuelo: tenía alzhéimer. En aquel momento me parecía imposible que alguien se pudiera olvidar de cosas tan importantes, que no reconociera a su familia. Sin embargo, cuando tocaba el violín todo volvía a ser como antes y yo podía soñar que era así.



Un día fuimos a verlo y lo encontramos tirado en la cama, abrazado al violín y con una expresión de felicidad en el rostro. No respiraba. Me eché a llorar y lo cogí de la mano suplicándole que volviera. No lo hizo.

Esa experiencia quedó profundamente grabada en mí y marcó todos los días de mi vida desde entonces. Ahora que estoy aprendiendo a tocar el violín entiendo lo que él sentía y disfruto esa sensación desde el alma. Un alma como la que, dentro del violín, une la madera y forma la caja de resonancia en la que suena el eco de mis recuerdos.